

JOHANN CHAPOUTOT

LA LEY DE LA SANGRE

Pensar y actuar como un nazi

Traducido del francés por
Elena-Michelle Cano e Íñigo Sánchez-Paños

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *La loi du sang*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Gallimard, 2014

© de la traducción: Elena-Michelle Cano e Íñigo Sánchez-Paños, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-357-3

Depósito Legal: M. 7.312-2021

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
--------------------	----

PRIMERA PARTE PROCREAR

1. ORÍGENES: NATURALEZA, ESENCIA, NACIMIENTOS	35
Nacimiento y esencia: el germano, la naturaleza, el animal	36
Desnudez, naturaleza, autenticidad	45
El arquetipo y lo arcaico: por una arqueología normativa	48
La inmediatez germánica	53
Unidad, separación, mediación	59
La piedad nórdica: serenidad, amistad, armonía	63
La moral nórdica o el instinto de lo bueno	66
La raza germánica, única raza moral	69
El orden del mundo	73
Norma, pueblo y vida	74
Sobre el derecho como folclore	76
2. ALIENACIÓN: ACULTURACIÓN Y DESNATURALIZACIÓN	81
Cómo se desnaturaliza a un niño alemán	82
Los judíos, pueblo de la Ley	90

Revolución francesa, revolución judía	94
Insurrección racial, universalismo y liberalismo	100
El universalismo y sus aporías	105
La alienación del derecho: la «recepción» del derecho romano	112
Aculturación y desnaturalización del pueblo alemán	120
Catolicismo, monaquismo y antinaturalidad	127
Contrariar la naturaleza, matar la raza	130
3. RESTAURACIÓN: RENACIMIENTOS	135
Estado y naturaleza: restauración de la norma original	137
¿Desjudaizar el cristianismo?	140
Reencontrar en la raza, reencontrar por la raza	146
Vida del pueblo, muerte del párrafo	150
El renacimiento del derecho alemán	152
Hacer que viva el derecho: la tarea del juez	159
¿Quién tiene derecho a nacer? La cuestión de la esterilización	166
Procrear puros y fuertes	174
«Revolución nacionalsocialista» y «reevaluación de los valores»	177

SEGUNDA PARTE
LUCHAR

4. «TODA VIDA ES LUCHA»	185
El hombre es naturaleza, la naturaleza es lucha	185
El hombre y la ley natural	192
<i>Leistungsgemeinschaft</i> : ¿quién tiene derecho a (sobre)vivir?	199
La ética del médico	203
Repudio y uso del decálogo	206
<i>Not</i> : desazón, urgencia, necesidad	209
<i>Kampfgemeinschaft</i> : una comunidad de lucha	214
Levantar las trabas, erradicar el cristianismo	216
Del buen uso de la piedad	222
5. GUERRA INTERNA: LA LUCHA CONTRA LOS VOLKSFREMDE ...	229
El campo de concentración: proteger y reeducar	229
Del derecho penal como guerra	233
Las «divisiones blindadas del derecho»	238
Naturaleza y función de la policía alemana	243
<i>Kriminalbiologie</i> : cuando la guerra contra el crimen es una ciencia	255
Prevención y erradicación: <i>Schutzhaft</i> , <i>Vorbeugungshaft</i> y <i>Sippenhaft</i>	261

Combatir la homosexualidad	267
La lucha contra los «asociales»	270
Cortar de raíz la revolución	277
6. GUERRA EXTERNA: «LA DUREZA ES SUAVE PARA EL PORVENIR»	283
Dureza alemana	283
Guerra en Polonia y guerra en el Este	287
El Este, espacio de excepción permanente	292
Espacio hostil, espacio contaminado	301
De Este a Oeste: la importación de la violencia a los teatros de operaciones occidentales	305
<i>Kein Kamerad</i> : el trato de los prisioneros de guerra soviéticos	311
TERCERA PARTE	
REINAR	
7. EL ORDEN INTERNACIONAL WESTFALIANO Y VERSALLÉS: <i>FINIS GERMANIÆ</i>	321
Guerras de Treinta Años (1618, 1792, 1914)	323
1648: la Paz de Westfalia y el orden internacional	325
<i>Fabrizierte Konstruktionen</i> : la absurdidad jurídica internacional	332
El «derecho» internacional: un hecho	342
Los engaños del tratado: el derecho como dolo	354
Injusticia del orden internacional y justicia natural	360
8. REICH Y COLONIZACIÓN DEL ESTE EUROPEO	371
<i>Lebensrecht</i> : el «derecho más elemental»	371
Enraizar de nuevo la raza	377
La explotación de Polonia	381
Colonizar un clima familiar	386
Tierra y sangre	393
El <i>Herrenmenschentum</i> en actos	398
<i>Untermenschentum</i> y esclavitud	402
9. EL MILENIO COMO FRONTERA	407
Una <i>Volksgemeinschaft</i> solidaria	408
Cerrar, segregar, aislar: el trato de los <i>Fremdvölkische</i>	410
El Este como frontera	417
La frontera espacial: el <i>Ostwall</i>	424

Los límites del biotopo nazi: marca del Este y Buchenwald	427
Una frontera fisiológica: hambruna, explotación, agotamiento	428
«Guardar las distancias»	434
«Seis mil años de odio judío»	439
La inencontrable crueldad alemana	445
Contra la criminalidad judía	449
La Shoá: una guerra	454
Peligro biológico, tratamiento médico	458
CONCLUSIÓN	465
ANEXOS	
GLOSARIO	479
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA CITADAS	483
Fuentes	483
Bibliografía	507
ÍNDICE ONOMÁSTICO	513

Para Marie Anna

INTRODUCCIÓN

En 1945, por iniciativa de las tropas de ocupación británicas, a dieciocho médicos de Hamburgo vinculados al hospital pediátrico de Rothenburgsort los llevaron ante la justicia de lo penal alemana. Dieciocho médicos a los que acusaban de haber asesinado o de haber contribuido a asesinar con inyecciones letales a cincuenta y seis niños a los que consideraban enfermos, entre 1939 y 1945. En 1949, el *Landgericht* ('tribunal') de Hamburgo dicta un auto de no ha lugar. En efecto, «está objetivamente probado»¹ que «al menos cincuenta y seis niños fueron muertos en el hospital pediátrico de Rothenburgsort. En efecto, tales hechos son «contrarios a derecho». Pero —argumentan los jueces— «todos los acusados [...] niegan su culpabilidad y [...] refutan haber cometido objetivamente acciones contrarias a derecho. Explican haber creído en la legalidad de sus actos»².

De hecho, los médicos tienen buenos argumentos. El director del hospital, el doctor Wilhelm Bayer, ya había manifestado a los investigadores británicos que rechazaba enérgicamente la acusación de «crimen contra la humanidad»: «Semejante crimen solo puede cometerse contra los hombres, mientras que los seres vivos a los que nosotros debíamos tratar no

¹ Las traducciones del alemán y de cualquier otra lengua extranjera [al francés] son del autor. Las traducciones al español se hacen a partir de estas [*Nota de los T.*].

² «Eingeschläfert», 1960, p. 33.

pueden ser calificados de “seres humanos”³. El doctor Bayer actúa de buena fe y se limita a repetir lo que, desde hace décadas, médicos y juristas aconsejan a los Estados modernos: deben desembarazarse de bocas inútiles, de un peso que traba sus logros económicos y militares; esos seres apenas humanos son elementos biológicamente degradados, cuyas taras y patologías se transmiten mediante la reproducción —el descubrimiento de las leyes de la herencia no es ajeno a ello, como tampoco lo son los grandes miedos al «fin de siglo», seguidos del futuro subsiguiente a la Gran Guerra—. Para responder a esos miedos y a esas exigencias es para lo que el poder nazi promulga, el 1 de julio de 1933, una ley de «prevención de la herencia enferma», que hace obligatoria la esterilización de individuos designados por «tribunales de salud hereditaria», antes de que una disposición escrita de Hitler, en octubre de 1939, viniera a ordenar que los asesinaran.

Los jueces de Hamburgo, en 1949, no encuentran nada que objetar. Cuatro años después del final de la guerra, exoneran a sus compañeros médicos, cuyos argumentos dan por válidos en su totalidad, incluso los más singulares: «La eliminación de las vidas indignas de ser vividas aparecía en la Antigüedad clásica como una evidencia. No cabe arriesgarse a afirmar que la ética de un Platón o de un Séneca, que defendieron esos puntos de vista, es menos elevada que la del cristianismo»⁴. Las humanidades, viejos recuerdos de la enseñanza secundaria de los que con tanta frecuencia echan mano los médicos para legitimar lo que puede parecer chocante, también son patrimonio de los juristas. Médicos y juristas comparten la misma cultura y los mismos puntos de vista: la «biología» como única ley, con el aval de los antiguos, contra normas posteriores, hostiles a la vida.

Aunque a Bayer lo apartan del puesto de director de Rothenburgsort, sigue estando autorizado a ejercer la medicina —según confirma en 1961 el Colegio de Médicos de Hamburgo, que había actuado de oficio tras la publicación de algunos artículos en el semanario *Der Spiegel*, en 1960—. Unos años después, en 1964, Werner Catel, especialista en pediatría, concede una extensa entrevista al mismo periódico. Como experto en el Reich, en el marco del programa *Aktion T4*, y, como tal, responsable de la muerte de los niños enfermos, barre todo reproche, se mantiene en sus trece, argumentando que comisiones mixtas, compuestas por médicos,

³ Klee, 2003, p. 33, artículo «Bayer».

⁴ *Ibid.*

madres, juristas y teólogos, se pronuncian sobre la eliminación de niños incurablemente enfermos —comisiones que recuerdan extrañamente los «tribunales» establecidos por la ley de 1933—. El periodista le hace ver que la pena de muerte ya no existe en la República Federal Alemana, y Catel arguye:

¿No se da usted cuenta de que los jurados, cuando se pronuncian sobre algo, siempre juzgan a hombres, aunque se trate de criminales? En este caso, no estamos hablando de seres humanos, sino de seres que simplemente fueron procreados por hombres, pero que nunca llegarán a ser hombres dotados de razón o de alma⁵.

El médico y el Estado deben intervenir por pura «humanidad»⁶, con el fin de evitar sufrimientos inútiles a los enfermos, a las familias y a la comunidad. De modo que los médicos Bayer y Catel no comprenden en qué han podido ser culpables de nada: la cultura del momento, sus conocimientos en humanidades y el Estado los empujaban a actuar como lo hicieron. Después de la guerra, sus argumentos siguen teniendo suficiente peso como para que unos tribunales los acepten y un semanario de referencia les ceda sus páginas. Y ellos se aferran con obstinación a esa misma idea. Hay que reconsiderar desde esa perspectiva indudablemente la larga letanía de los *Nicht schuldig* que se oye al principio del primer juicio de Núremberg. Ante el tribunal, que le pregunta a cada uno de ellos si se reconoce «culpable» o «no culpable», todos los acusados responden con la negativa. La larga secuencia es conocida y provoca inevitablemente, en el espectador de hoy, indignación y cólera ante tanto cinismo. El lector de historia, por su parte, se sentirá desconcertado por las declaraciones de un Eichmann, que hasta el mismo cadalso sigue refutando haber hecho nunca nada malo. Es el mismo hombre que, en sus escritos personales y sus confidencias a sus allegados, solo lamenta una cosa: haber contribuido a matar a más de cinco millones de personas y no a once o doce millones, es decir, según los propios cálculos de la RSHA⁷, toda la población judía europea⁸.

⁵ «Aus Menschlichkeit töten?», 1964, p. 42.

⁶ *Ibid.*, p. 43.

⁷ Reichssicherheitshauptamt (Oficina Central de Seguridad del Reich).

⁸ Cf. Stangneth, 2011.

Nuestro lector, por último, se quedará boquiabierto al descubrir la declaración final leída por Otto Ohlendorf durante su juicio en Núremberg. Ohlendorf, doctor en Economía, miembro del NSDAP⁹ desde 1925 y jefe del *Einsatzgruppe D*, es responsable del asesinato de noventa mil personas en Ucrania y en el Cáucaso. Durante el juicio que se siguió contra él, no niega nada, lo asume todo, coopera con el tribunal y concluye los debates con una defensa e ilustración de su compromiso nazi, única respuesta válida, según él, al desasosiego de su generación.

Podrían ponerse muchos otros ejemplos similares. Los detenidos y acusados se consideran *nicht schuldig*, pero no es por cinismo o por provocación, ni por negación o mentira, sino porque están, en general, convencidos de haber actuado *bien*. Ohlendorf lo proclama en un discurso con el que firma, y lo sabe, su condena a muerte. Eichmann lo repite en los últimos instantes de su vida. En cuanto a los médicos y a los juristas, se atienden aún en 1949, 1961 o 1964 a lo que leyeron, dijeron y escribieron mucho antes de 1933. En otras palabras, los actos cometidos tienen sentido, en opinión de sus actores. La posteridad, por su parte, no puede o no quiere ver ese sentido. El autor y los lectores de estas líneas han crecido en un mundo que —por hablar de Francia desde los años 1960 hasta nuestros días— ha elegido establecer sus cimientos sobre el universalismo y el liberalismo: universalidad del género humano y libertad política son los dos postulados de los que, mal que bien, inferimos nuestro derecho, el funcionamiento de nuestras instituciones y los principios de nuestra educación escolar y universitaria. En semejante contexto, los crímenes nazis, en su intensidad y su extensión, son radicalmente incomprensibles: tanta violencia, radicalidad y negación de humanidad nos parecen exorbitantes.

En cuanto se trata del nazismo y de sus crímenes, «se moviliza» —debemos entender aquí la prensa, los editorialistas, los comentaristas, todo lo que da forma a la expresión pública— una serie de explicaciones que no lo son. Los actores del crimen nazi estarían «locos», dicen. Pasar revista de arriba abajo a toda la jerarquía deja al psiquiatra casi por completo sin argumentos: si bien hubo locos en las filas nazis, apenas hubo más que en cualquier otro grupo humano, lo que deja a la práctica totalidad de quienes dijeron e hicieron el III Reich bajo la jurisdicción del historiador.

⁹ Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes).

La explicación echando mano de la barbarie es más atractiva, porque es dialécticamente temible: en el corazón de Europa, en pleno siglo xx, en el momento en que Occidente avanza hacia una civilización cada vez mejor —el discurso echa raíces desde las Luces hasta Norbert Elias—, una excepción terrible confirma la regla: Alemania, el país más alfabetizado de Europa, patria de premios Nobel, comete crímenes espantosos. La paradoja se disipa algo si se aduce la excepcionalidad alemana: después de todo, son gentes que se quedaron en sus bosques, al abrigo del Imperio romano, y siempre fueron peculiares. Algunos historiadores, de un modo más erudito, avanzaron la tesis de un *Sonderweg*, o «vía particular», mientras otros, menos escrupulosos y más sensacionalistas, trazaban un vínculo directo entre Lutero y Hitler.

La tesis de la excepcionalidad alemana apenas se defiende. En términos culturales, basta con constatar que, de todas las ideas nazis expuestas por el NSDAP, solo una ínfima parte es de origen «alemán» garantizado: ni el racismo ni el colonialismo ni el antisemitismo ni el darwinismo social o la eugenesia nacieron entre el Rin y el Memel. En términos prácticos, se sabe que la Shoá habría sido considerablemente menos mortífera sin el concurso solícito de policías y gendarmes franceses y húngaros —que quizá no siempre sabían hacia dónde iban los convoyes, pero que, de uno u otro modo, se sentían (¡y hasta qué punto!) felices de desembarazarse de los judíos—, sin tantos nacionalistas bálticos, voluntarios ucranianos, antisemitas polacos, altos funcionarios y políticos duchos en colaboración, etc. Representantes de todas esas naciones y de todas esas categorías maltrataron, detuvieron y mataron a muchos más judíos que Martín Lutero o Friedrich Nietzsche.

Una vez descartadas esas pseudoexplicaciones, el historiador y el lector de historia se quedan perplejos, se sienten incluso desesperados. Muchas veces se ha destacado la proximidad entre Weimar y Buchenwald, y esa proximidad ha dado lugar a múltiples y vertiginosas reflexiones sobre la humanidad y su otro, sobre la dialéctica entre cultura y barbarie o, la mayoría de las veces, sobre la radical imposibilidad de decir o decidir algo, lo que sea, sobre tales cuestiones. La simple idea de que los horrores escritos, proferidos o cometidos por los nazis se deban a seres humanos sigue siendo difícil de asumir —y menos mal—. Los actores del crimen, por locos, por bárbaros o, para los aficionados a la teología o al ocultismo, por ser la encarnación de un supuesto «mal» radical, quedan indefectiblemente expul-

sados de la humanidad común. La acogida, tanto en Alemania como en Francia, de películas como *El hundimiento* (2004) participa de ese mismo fenómeno de circunscripción y de rechazo: parece indecente, incluso intolerable, mostrar a Hitler comiendo pasteles, hablándole con amabilidad a su secretaria y jugando con su perro. El monstruo absoluto adquiriría así rasgos humanos, demasiado humanos, cosa que parecía bastante peligrosa, sobre todo, en términos pedagógicos. Ahora bien, si la historia puede y debe servir para ese punto de vista —aunque ese es otro debate—, se ve perjudicada por la deshumanización de los actores del crimen nazi: al convertirlos en extraños a nuestra humanidad común, nos exoneramos de toda reflexión sobre el hombre, Europa, la modernidad, Occidente, en suma, sobre todos los lugares comunes que los criminales nazis habitan, de los que participan y que compartimos con ellos. Resulta cómodo y confortable, reconozcámoslo: la idea según la cual podríamos compartir algo con los autores de tesis y de crímenes tan monstruosos nos repugna. No es cierto, sin embargo, que, eludiendo determinadas cuestiones que atañen a nuestro tiempo y a nuestro espacio, estemos sirviendo la causa de la inteligencia historiadora o de la inteligencia sin más.

Además de que fueron europeos del siglo xx, debemos afrontar el hecho de que los nazis fueron hombres, simplemente hombres. Hombres que crecieron y vivieron en contextos particulares —y una de las tareas del historiador es aclarar esos contextos—, y que comparten además con otros y con nosotros el hecho de que evolucionaron en un universo de sentidos y de valores. Por decirlo de un modo más conciso, es dudoso que un Franz Stangl, en Treblinka, que un Rudolf Hoess, en Birkenau, o que un Karl Jäger, comandante del *Einsatzkommando 3* del *Einsatzgruppe A*, se levantarán todos los días regocijándose por adelantado con todas las abominaciones que iban a cometer. Esa gente, que no estaba loca, no consideraba que sus actos fueran crímenes, sino una tarea (*Aufgabe*), una tarea indudablemente penosa, pero necesaria.

Desde ese punto de vista, las fuentes concuerdan: correspondencias privadas, diarios íntimos, memorias, y también discursos, como el que pronuncia Heinrich Himmler en Posen (Poznań), en octubre de 1943, ante sus oficiales superiores y generales, dan prueba de ello. Si el trabajo cotidiano no tiene nada de glorioso ni de divertido, si puede herir las conciencias —el propio Himmler lo admite—, si es extenuante, ocupa su lugar y adquiere su sentido en un cometido de conjunto que sí que es

«histórico» y «glorioso». El acto reviste, por lo tanto, sentido y valor: cometido por hombres, abandona la jurisdicción de los psiquiatras o de los zoólogos para entrar —finalmente— de verdad en la de los historiadores. Cometido por hombres, se inscribe en un relato y en un proyecto, responde a angustias y a esperanzas. Escribir algo así del crimen nazi y de sus actores puede sorprender o chocar. De hecho, los historiadores se han cuidado mucho de hacerlo, por repugnancia personal y también porque todo enfoque comprensivo queda, en el caso del nazismo, excluido: el viejo adagio según el cual (intentar) comprender es ya perdonar hace aquí las veces de *non plus ultra*.

Cuando Christopher Browning estudia a los policías de reserva del 101 batallón, apenas se detiene en el sentido de los actos para los actores y concibe la «ideología» en términos de vana «inculcación», incluso de «lavado de cerebro»¹⁰ impuesto e ineficaz, y no en términos de participación en un proyecto o de adhesión, aunque fuera parcial, a elementos que el discurso nazi toma prestados de otros imaginarios, épocas o retóricas. En cuanto a los historiadores alemanes que, después de 1990, analizan los archivos alemanes descubiertos en el Este al finalizar la era soviética, enfrían el objeto nazi y lo ponen a distancia, inclinándose preferentemente hacia los procedimientos administrativos, los informes entre instituciones, las cadenas de mando, las lógicas de la *praxis* de la gestión y el genocidio.

Sin duda alguna, así consigue uno protegerse del objeto y de su eco, neutralizar el impacto, la emoción y el dolor para hacer un trabajo de historiador, establecer los datos, reconstruir los contextos, seguir a los verdugos; en una palabra, para «documentar» (*dokumentieren*) el crimen, obra siempre útil, porque algunos negacionistas permanecen al acecho. Sin duda alguna, también se ha eludido ahondar en el sentido, porque el universo mental nazi, en el fondo, sigue sin conocerse bien. Es cierto que los grandes principios de la «visión del mundo» nazi se conocen —aunque su exposición en los manuales no siempre está exenta de errores—. Es cierto también que grandes historiadores se han interesado en la génesis de esas ideas, en su formulación, en su apropiación y en su difusión. De paso, las biografías de algunos actores de primera o de segunda fila hacen asimismo referencia a discursos y a textos escritos, y aportan citas para respaldar sus ideas.

¹⁰ Browning [1992], 2007, p. 260.

El hecho es que, hasta donde sabemos, nadie ha intentado nunca cartografiar lo que podríamos llamar el universo mental en el que los crímenes del nazismo ocupan un lugar y adquieren sentido. Debemos reconocer que los historiadores, además de lo que ya se ha dicho más arriba, hacen muy bien al no querer aventurarse: ¿para qué dejarse los ojos leyendo toda esa literatura impresa a menudo en papel de la peor calidad —y en caracteres góticos—? El SA, de frente estrecha y rapado, es rara vez un gran filósofo: lo que pudieron decir los intelectuales, por su parte —porque hubo muchos—, sería a un tiempo cínico y cosmético, el insostenible suplemento de alma que unos monstruos aportaron a todo lo que cuenta, al final, desde el punto de vista del historiador: las prácticas.

Existe asimismo un continente de literatura que se ha convertido en gris por el desinterés de unos y de otros: de unos —los filósofos, los historiadores de las ideas—, porque los nazis son demasiado tontos para que se pierda tiempo en leerlos; de otros —los historiadores—, porque hay que fijarse antes que nada en las dinámicas y las prácticas sociales. Sería, no obstante, un error afirmar que nadie se interesa por esa literatura: el continente está explorado regionalmente por especialistas de tal o cual disciplina. Los juristas, en particular, han trabajado desde hace décadas la historia social e intelectual de su corporación durante el nazismo, y tanto los textos teóricos como las aplicaciones jurisprudenciales han sido objeto de numerosos trabajos.

Los historiadores, por su parte, son más bien prudentes, aunque algunos de ellos, minoritarios en el campo inmenso de los estudios sobre el III Reich, desarrollan un enfoque culturalista del nazismo, sin asumir abiertamente, no obstante, una mirada comprensiva. El desarrollo de tales trabajos es posterior a 1995. Y ello, por dos razones. La primera estriba en el volumen de documentos nazis encontrados en el antiguo bloque soviético. Ese conocimiento renovado de los crímenes, así como de los proyectos nazis en el Este, llevó a no pocos historiadores a querer redescubrir qué fue lo que pudo motivar esa gigantesca empresa de conquista, de colonización y de erradicación, a la vez que de reconstrucción biológica. La otra razón está, sin duda, en el eco que tuvo en Alemania, entre 1995 y 2000, la exposición itinerante *Verbrechen der Wehrmacht* ('los crímenes de la Wehrmacht'), concomitante, a su vez, con la publicación y el éxito mediático y editorial de un libro que hacía del crimen nazi la consecuencia necesaria de una historia alemana esencializada cuya única gramática, al menos des-

de el siglo xvi, habría sido un antisemitismo radical y mesiánico. El libro venía a responder con claridad a las cuestiones violentamente planteadas por la exposición: los paneles, compuestos a base de fotografías tomadas por gente de tropa, mostraban a simples soldados asistiendo o participando en masacres, incluso en operaciones genocidas.

El efecto de esas fotografías y de los hechos que revelaban —por otra parte, bastante conocidos desde hace tiempo por los historiadores— fue doloroso. ¿Cómo es posible, insistimos, que unos alemanes normales y corrientes pudieran aparecer en esas fotografías? Las preguntas así planteadas por los espectadores y los medios de comunicación afligieron a los historiadores que, desde tiempo atrás, venían cuestionando el discurso que oponía los caballeros blancos de la Wehrmacht a los asesinos fanáticos de las SS¹¹; por otra parte, por mucho que los historiadores cuestionaran las fuentes (¿dónde y cuándo se habían tomado esas fotografías?) e intentaran algunas contextualizaciones (las operaciones de masacres se presentaban a la tropa de un modo convincente, como operaciones de mantenimiento del orden y para la seguridad en la retaguardia; eso las convertía en legítimas a los ojos de los soldados), pero fue en vano: mientras la extrema derecha desfilaba para defender el honor del infante alemán ofendido, el péndulo se desplazó muy lejos en dirección opuesta, en las mentes más afectadas y más sinceras. Si todos los alemanes, o casi, habían sido unos monstruos, es indudablemente porque, desde siempre, habían querido matar a los judíos y esclavizar Europa.

Para afrontar las generalizaciones y las esencializaciones que estaban dándose, los historiadores se pusieron de nuevo manos a la obra. Los proyectos, los contextos y los miedos, así como el universo mental de los actores, van conociéndose cada vez mejor. Después del magnífico estudio dedicado por Omer Bartov al Ejército alemán del Este, y siguiendo su estela, se han multiplicado las monografías, mientras llegaban a término los trabajos de Christian Gerlach¹² sobre Bielorrusia, de Dieter Pohl¹³ sobre Galitzia y de Christoph Dieckmann¹⁴ sobre Lituania.

En paralelo, un grupo de historiadores ha desarrollado un estudio de largo recorrido sobre las motivaciones ideológicas de los conquistadores y

¹¹ *Schutzstaffel* ('escuadras de protección').

¹² Gerlach, 1999.

¹³ Pohl, 1997.

¹⁴ Dieckmann, 2011.

colonizadores en el Este. En torno a un centro de estudios de historia militar, el MGFA¹⁵, los trabajos de Jürgen Förster, Jürgen Matthäus y Richard Breitmann han explorado la formulación, la difusión y la recepción de los postulados y de los proyectos nazis en las unidades de combatientes de la Wehrmacht y de las SS¹⁶. Han podido demostrar que las motivaciones ideológicas tuvieron su importancia; sobre todo, porque las ideas nazis, en el contexto de la Alemania, la Europa y el Occidente del momento, no eran en absoluto excepcionales. Recientes estudios, basados especialmente en las escuchas de los prisioneros de guerra en manos de Gran Bretaña y de Estados Unidos¹⁷ establecen que tales ideas fueron parte del «marco de referencia» (*Referenzrahmen*)¹⁸ de los actores.

La élite nazi también se ha analizado cada vez más a la luz de la convicción ideológica. Michael Wildt le ha dedicado una imponente tesis de habilitación a la élite del RSHA, una «generación de lo incondicional»¹⁹ habitada por la angustia de una Alemania acosada, disminuida y amenazada por peligros de todo tipo, una Alemania que esos hombres se dieron por misión salvar de una vez por todas. En *Croire et détruire*²⁰, Christian Ingrao, autor de una historia social e intelectual exacta y minuciosa de los mandos del SD²¹, pone de relieve, él también, que se trata de intelectuales que inscriben sus acciones en un universo de sentido tanto más apremiante cuanto que son hombres que, por necesidades del servicio y de la gestión de los recursos humanos en el seno de las SS, se ven obligados a alternar períodos de destino en un despacho con otros sobre el terreno. Al mismo tiempo, en la biografía que le dedica a uno de esos hombres, Werner Brest, Ulrich Herbert traza el retrato de un «intelectual de acción»²², que, por medio de algunos postulados y de un razonamiento impecable, justifica lo que hace y lo que el III Reich proyecta realizar²³.

¹⁵ Militärgeschichtliches Forschungsamt.

¹⁶ Matthäus *et al.*, 2003.

¹⁷ Cf. en particular Römer, 2012.

¹⁸ Neitzel y Welzer, 2011.

¹⁹ Wildt, 2002.

²⁰ Ingrao, 2010 (*Creer y destruir: los intelectuales en la máquina de guerra de las SS*, traducción de José Ramón Monreal, Acanalado, 2017).

²¹ Sicherheitsdienst ('servicio de seguridad'), servicio de información de las SS.

²² Expresión creada por Christian Ingrao.

²³ Herbert [1996], 2010.

Esos estudios y sus enseñanzas han constituido un argumento suficiente para conducir a determinados historiadores a interesarse por el concepto nazi de los valores y del sentido. Fue la historiadora estadounidense Claudia Koonz quien abrió la vía en 2003. Su obra, de título voluntariamente provocador, *The Nazi Conscience*²⁴, planteaba la existencia de una moralidad nazi dotada de coherencia interna. Más tarde, Rafael Gross, que primero le había dedicado un libro a la relación de Carl Schmitt con los judíos, dirigió una obra colectiva, *Moralität des Bösen* ('la moralidad del mal')²⁵, y reunió después diversos artículos dedicados a la ética nacionalsocialista²⁶.

Esa atención a la lógica y a la coherencia interna de un discurso nazi portador de sentido se inscribe en la senda de trabajos ya más antiguos que, en los años 1980, se habían atrevido a interesarse en lo que el nazismo podía tener de atractivo para los contemporáneos. Una vez que se habían explorado la «fascinación del nazismo» y su «bella estampa»²⁷, cabía interesarse por las respuestas del nazismo a las preguntas que se hacían los contemporáneos. Porque el nazismo, por muy curioso que pueda hoy parecer, no fue solo una estética, sino también una ética que se les ofrecía a unos contemporáneos desorientados.

La época que conoció la emergencia del nazismo experimentó, en efecto, una profunda preocupación por la cuestión de los valores y de los imperativos morales. El final de la Gran Guerra constituye una catástrofe que reactiva antiguos traumas: los de la guerra de los Treinta Años, los de 1806, los de todos esos fines del mundo a los que Alemania, desde la Reforma de Lutero, está acostumbrada. El final del imperio, y también la casi guerra civil que se desencadenó de 1918 a 1923, el final de Alemania como gran potencia mundial, en Versalles en 1919, y la hiperinflación de 1922-1923 inspiran a los profetas apocalípticos, a los pesimistas culturales, así como a los artistas, que ven y pintan el modo como el caos sustituye al cosmos ordenado de antes de la guerra. Los pintores como Otto Dix, partiendo de la experiencia de las trincheras, desmembraron los cuerpos y pudrieron las carnes; los escritores meditan requisitorias desilusionadas sobre el desmoronamiento de los valores; los cineastas, por su parte, describen el triunfo del crimen, de la máscara y del juego. Fritz Lang pone en

²⁴ Koonz, 2003.

²⁵ Gross y Konitzer (dir.), 2009.

²⁶ Gross, Raphael, 2010.

²⁷ Reichel [1991], 1993.

escena, con *Dr. Mabuse, el jugador* (1922), una «imagen de su tiempo»: el doctor Mabuse, invisible, escurridizo, maestro del disfraz y dotado de una inteligencia fenomenal, reina en una sociedad en vías de colapso, en la que, por el hecho de la licuefacción de los valores fiduciarios y morales, ya no existe ningún punto de referencia. La devaluación generalizada de los valores convierte a Alemania, según escribe un testigo del momento, en escenario de gigantescas «saturnales»:

Todos los pueblos han vivido la guerra mundial; la mayoría de ellos ha vivido la revolución, crisis sociales, huelgas, reveses de fortuna, devaluaciones. Pero ninguno ha vivido la exageración delirante y grotesca de todos los fenómenos a la vez, según tuvo lugar en Alemania en 1923. Ninguno ha vivido esas gigantescas y carnalescas danzas macabras, esas saturnales extravagantes y sin fin en las que se devaluaban todos los valores, y no solo el dinero²⁸.

Esa situación vuelve a darse a finales de los años 1920, en el momento en que una crisis económica y social golpea de nuevo Alemania. Erich Kästner muestra cómo, para combatir el crimen, una comunidad de niños se organiza para defenderse por sí sola: *Emil und die Detektive*, llevado a la pantalla en 1931, no parece más que una novela y una película para niños. En el fondo, trata de lo que Fritz Lang describe ese mismo año en *M*²⁹: una contrasociedad, la del hampa, les gana la mano a la policía y al Estado, impotentes, para atrapar al asesino de niños. Al final, el comisario Lohmann triunfa, pero ¿por cuánto tiempo? La progresión del terror y del crimen es manifiesta un año después en *El testamento del Dr. Mabuse*.

El hampa, los bajos fondos, la mafia: Fritz Lang, como Bertolt Brecht en su *Arturo Ui*, apunta al NSDAP en plena expansión. El partido nazi, contrasociedad criminal para sus enemigos, es, para sus miembros, la única comunidad que plantea y ofrece valores adaptados a las cuestiones del momento. Jean Genet, en su *Diario del ladrón*, indica que, de todas las regiones que ha recorrido, Alemania es el único país donde no se atreva a hurtar nada, porque el crimen le parece que es la única ley del lugar y todo el placer de la transgresión ha desaparecido. Si bien los va-

²⁸ Haffner [2000], 2004, p. 83.

²⁹ Títulos en español: *M, el vampiro de Düsseldorf*, en España; *M, el maldito*, en México; *El vampiro negro*, en Argentina [*N. de los T.*].

lores y las normas del nazismo podían parecer criminales vistos desde fuera, ofrecían a cualquiera que se movía dentro de los límites de su espacio la coherencia tranquilizadora de un sistema cerrado, que se basaba en unos cuantos postulados particularistas y en la deducción implacable de las consecuencias.

En el momento en que se constituye el NSDAP, en 1919, Max Weber, en *La política como vocación*, constata que se desencadena una «guerra de los dioses» y que, desde el Renacimiento y la sacudida creciente de las certezas inferidas de la modernidad, sabemos cada vez menos a qué santo encomendarnos, a qué capilla o a qué escuela acudir. A la guerra de los dioses responde el «conflicto de las facultades», y no podemos apelar ni a la razón ni a las religiones ni a la Gran Guerra y sus efectos: los imperios difuntos. El NSDAP tiene, para muchos contemporáneos, el inmenso mérito de ofrecer puntos de referencia claros, tangibles y fácilmente comprensibles.

Para saber qué hacer, cómo actuar y por qué vivir, se elabora todo un corpus nazi de textos, de discursos y de imágenes que exige volverse hacia lo más concreto, lo más íntimo, lo más tangible: en un contexto en el que las ideas se contradicen y todas valen por igual, en el que las religiones se anatimizan unas a otras, el recurso y la referencia que quedan son la sangre, la carne, la «raza». La sustancia biológica tiene, además, la ventaja de no ser estrictamente individual: la comparten todos los miembros de una misma familia, de una misma «comunidad», de una misma «raza» —miembros vivos, muertos o por venir—. La preservación y el desarrollo de esa sustancia presentan un fin claro y fácilmente comprensible, constituyen una comunidad y le dan sentido a la vida del individuo.

La vida de la raza es, por lo tanto, el principio y el fin de una normatividad abiertamente particularista y holística: hay que actuar solo para la raza germánica nórdica (o para el pueblo alemán) y no para la humanidad —que es una peligrosa y disolvente quimera—; hay que actuar para la comunidad y no solo para el interés personal. Esos principios simples permiten responder a las preguntas que se plantea la modernidad. De modo que Wilhelm Frick, ministro del Interior a partir del 30 de enero de 1933, jurista de formación y de profesión, propone a biólogos y juristas a los que ha reunido para hablar de la legislación eugenésica por venir un cautivador resumen de las evoluciones nefastas de un siglo XIX que ha causado un «cataclismo de la estructura moral» del pueblo alemán: